

Trece días *para arreglar a papá*

Chiki Fabregat

Ilustrado por Ale Díaz Bouza



© del texto, Chiki Fabregat
© de las ilustraciones, Ale Díaz Bouza
© Ediciones DiQueSí
28022-Madrid
www.edicionesdiquesi.com
novedad@edicionesdiquesi.com



Diseño: Estelle Talavera
ISBN: 978-84-949396-8-6
Depósito Legal: M-36371-2019
© Todos los derechos reservados
1ª Edición: Madrid, 2019
Impreso en España por Lozano Impresores, S.L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o
escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para mi padre, que me fabricó unas alas.
Para mi madre, que me empujó a desplegarlas.*

Chiki Fabregat

*Para Daniel, Helena y Victoria,
mi gente querida de este lado,
y para él, que decidió quedarse en el otro lado.*

Ale Díaz Bouza



Cuando no contaba días

Yo no juego al fútbol porque soy de cristal, pero me gusta ir los domingos a ver a Jaya, que es la mejor portera del colegio, aunque no esté en el primer equipo. Nunca falto, salvo que ella no juegue o que vengan los del otro lado a ver cómo estamos papá y yo. Solo vienen una vez al año, pero es un lío, porque tenemos que arreglar la casa, revisar las esquineras de goma de las mesas, estirar bien las alfombras y esconder cualquier cosa que les pueda parecer un peligro.

A ellos todo les parece un peligro.

Y hace dos domingos, como siempre, fui al campo con la bufanda verde del colegio para animar a Jaya. Nadie carga con la bufanda cuan-

do ya hace calor, pero a mí me da igual, así que la llevo a todos los partidos y la estiro en el aire cada vez que hace una parada. No me importa demasiado cuántos goles marcan los de mi clase. De hecho, no me importa nada el fútbol, pero cada vez que alguien se acerca a nuestra portería aguanto el aire y, si Jaya para el balón, lo suelto todo de golpe y chillo: «¡Bien, portera!». Así, sin nombre, para que todos sepan a quién se lo digo. Los otros del equipo quieren marcar goles y sus padres se vuelven locos cuando pasa, pero a veces se olvidan de que, si ganan, es porque ella no ha dejado que los otros marquen. Son bastante malos, menos Jaya, por eso están en el segundo equipo, pero me caen bien.

Ese día paró un montón de balones. Los del otro equipo le dijeron que hacía trampas como todos los gitanos, que es lo que le dicen cuando quieren enfadarla, pero su entrenador les riñó y el árbitro paró el partido un rato, hasta que dejaron de decir burradas, y al final todos le dieron la enhorabuena por lo bien que había jugado.

Valeria, la madre de Jaya, vino a buscarnos. Me encanta que venga a los partidos, porque me deja sentarme en su silla mientras conduce por

el parque. Cuando salimos a la acera, donde hay gente y niños y todo eso, va más despacio, pero si no hay peligro de atropellar a nadie, pone su silla de ruedas a toda velocidad. Cuando vamos así, el pelo se le mueve y, como es azul, parece que las olas del mar le envuelven la cabeza. Y los cascabeles de su falda suenan como campanillas.

Fuimos a celebrarlo y terminamos en la fuente del parque grande mojándonos los pies. Valeria dijo que podíamos enfriarnos, aunque sabe que yo no me enfrió, y entonces me acordé de papá. No es que fuese a regañarme por lo del agua, pero no le había avisado y ya era la hora de comer, así que salí pitando a casa.

Subí las escaleras corriendo, con cuidado de no caerme, y llamé al timbre. Papá no salió a abrir, y eso es raro, pero pensé que estaría en la cocina o en el balcón, mirando a ver si llegaba. Rebusqué por los bolsillos de la mochila y en los de los pantalones hasta que encontré las dichas llaves, solté la mochila debajo del perchero y grité: «¡Ya estoy en casa!».

No hubo respuesta. Nunca se enfada tanto como para no responderme, así que fui a la cocina.

Y luego al salón.

Lo crucé y salí a la terraza.

Me estaba empezando a preocupar cuando vi la luz del baño asomando por debajo de la puerta.

—¡Papá! —dije, mientras avanzaba por el pasillo.

Pegué la oreja a la puerta y oí el agua de la ducha. A mí me encanta ver cómo las gotas resbalan por la cortina, y a veces me entretengo tanto que se me olvida que tengo que salir y papá viene a buscarme para que me seque de una vez, pero él no suele jugar con el agua. Ni dibuja con el vaho. Ni hace pompas.

Desde que mamá se rompió y nos vinimos a vivir con los de carne, ya no juega ni hace nada divertido. Jaya dice que tiene el corazón roto, y por más veces que le explico que a los de cristal más vale que no se nos rompa nada, ella sigue diciendo que algún día llegará alguien que lo arregle y que volverá a sonreír y a jugar y a divertirse con el agua. A lo mejor ya había llegado y por eso estaba tardando más de la cuenta en salir.

—¡Papá! —Golpeé despacito en la puerta, aunque, como está acolchada, apenas sonó—. ¡Papá! ¡Ya he llegado!

El agua seguía cayendo y papá no contestaba, así que giré el pomo, abrí la puerta y asomé la cabeza.

Y entonces lo vi.

Me quedé muy quieto, mirando el fondo de la ducha. A nadie le gusta ver a su padre sin ropa y cualquiera hubiese apartado la mirada, pero papá estaba hecho trozos y el agua caía sobre él y rebotaba contra las paredes.

Me agaché junto a sus trozos y me empapé entero. El agua me escurría por la cara y no me dejaba ver. Apagué la ducha con cuidado de no pisar ningún trocito y me senté en el suelo. No había forma de arreglar aquel desastre. Como la cabeza estaba entera, la llevé hasta el salón y la dejé sobre el sofá. Del pelo aún le escurría agua, pero no me iba a regañar por mojarlo todo. Lo sequé con papel, le aparté los rizos de los ojos y le pregunté:

—¿Y ahora qué hacemos?

No me respondió, claro.

Durante unos segundos me faltó aire, se me nubló la vista, me empezó a doler todo el cuerpo. Él siempre sabe qué hacer y yo solo tengo que escucharlo: «Zir, levanta», «Zir, felicita a

Lourdes, que es su cumpleaños», «Zir, no saltes que vas a romperte...». Siempre dice mi nombre así, en pequeño, y solo cuando se enfada me llama Zirconio con voz muy seria y entonces sé que más vale hacerle caso.

Cuando se me pasó el susto, llevé los otros trozos desde el baño hasta el sofá, aunque algunos pesaban tanto que tuve que hacer una parada a mitad de pasillo. Puse la cabeza en un extremo, después el cuerpo, luego las piernas y, por último, los brazos. El izquierdo estaba entero, pero el derecho estaba en dos partes y casi se me rompe en mil más, porque se escurrió del sofá y cayó sobre la alfombra. Lo coloqué todo como cuando se tumba para echarse la siesta y me alejé un poco. Nadie se tragaría que estaba entero, mucho menos los del otro lado. Y faltaban trece días para que nos visitaran.

Salí de casa y bajé en el ascensor. Suelo bajar por las escaleras, aunque papá me diga que no lo haga, pero con uno de los dos roto teníamos más que suficiente.

Fui hasta casa de Jaya poniendo mucho cuidado en esperar los semáforos en verde, no golpearme con los bolardos y no tropezarme con

nada. Nunca me había parecido tan peligroso caminar por la calle.

Entré en el taller que hay pegado a su casa, porque muchas veces están allí cacharreando con las cosas que arregla Valeria, pero no había nadie, así que volví a salir y llamé a la puerta. Jaya me abrió en pijama y con el pelo mojado.

—Zir, ¿qué haces aquí?

No supe qué contestarle. Había ido tan preocupado todo el camino para no romperme que no había pensado qué decirle. Dejé la mochila en el suelo y la abrí.

—Papá se ha roto.

Cuando metí las dos manos y saqué la cabeza de papá, Jaya se tapó la boca para no gritar y después me abrazó.

Me acompañó hasta la cocina sin soltarme. Valeria estaba colocando los platos en el lavavajillas.

—Zir —dijo sin volverse. Siempre sabe cuándo estoy cerca, aunque no me vea ni me oiga—, ¿ya has comido?

Se giró y, al ver la cabeza de papá, soltó el plato que tenía en la mano. Lo vi caer contra el suelo y hacerse trocitos, y empecé a llorar muy fuerte. Jaya volvió a abrazarme y su madre me acariciaba

la espalda. Tardé como toda la vida en dejar de llorar, pero cuando al fin lo conseguí, me giré para mirar a los ojos a Valeria y tomé aire para poder hablar todo seguido:

—Tenemos trece días para arreglar a papá.



Trece días

Valeria arregla cosas. Tiene su taller en el garaje que hay pegado a su casa y todos los del barrio le llevan lo que se les rompe.

Cuando nos vinimos a vivir con los de carne, nos ayudó con el piso: esquineras de goma por todos lados, alfombras por si nos caíamos, cojines blanditos para las sillas... Alguna vez nos ha arreglado a nosotros, pero cosas de poca importancia. Cuando papá se rompió el dedo cerrando un cajón, ella le echó una pasta blanca que pega el cristal y ya casi no se nota. O no se notaba.

Jaya y Valeria me acompañaron de vuelta a casa. Íbamos en silencio, Jaya a un lado de la silla